

843
S.

PQ 2011
E8
H58
v.1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Quedan asegurados los derechos conforme á la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL HIJO DE LAGARDÈRE

PRIMERA PARTE

El sargento Buena-Espada.

I

DE CAZA

El feliz resultado de la batalla de Fontenay acababa de hacer caer en nuestro poder las ciudades más bellas y ricas de Flandes.

Una vez ultimada la paz (agosto de 1745), Luis XV, abandonando momentáneamente los placeres de la Corte, apresuróse á visitar nuestras nuevas conquistas, á fin de juzgar por sí mismo de su importancia.

Luego, impaciente por volverse á hallar á los pies de madama de Etioles, su nueva favorita, el enamorado monarca regresó á toda prisa á la capital.

Alojábase entonces el ejército cerca de Ostende, pues era éste el punto que más ventajas ofrecía para acampar hasta el invierno en el teatro de la guerra.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Días de júbilo para la tropa que, después de la fatigosa campaña que acababa de sostener, podía por fin recobrar algo de aliento y gozar de bien merecido reposo.

Pero aunque de este modo tenían el ocio de entregarse libremente á las numerosas distracciones de la vida de los campos, en su risueña existencia había una nube producida por un ligero olvido del rey.

En efecto, Luis, que, con la mayor solicitud se había cuidado de asegurar buena vida á los oficiales de todos grados, olvidóse por completo de hacer lo mismo con las tropas. De modo que estas últimas cobraban muy irregularmente, es decir, según el gusto de los intendentes de guerra, y como no tenían el recurso de reclamar, como en tiempo de hostilidades, se hallaban con frecuencia reducidas á la ración indispensable y á veces menos.

Así es que cuando los hombres tenían hambre, recurrían á diversos manejos para proporcionarse lo necesario.

Uno de los medios más usados en esas fases críticas era la caza.

Los alrededores contenían gran cantidad de caza y algunos perdigones bastaban para llenar abundantemente el morral.

Pero, como en la época en que comienza esta historia, hacía dos meses que se corría por los bosques y llanuras limítrofes, éstos, casi despoblados de sus huéspedes peludos ó alados, sólo daban débil contingente de provisiones, y, generalmente, tenían que ir muy

lejos los cazadores, para no volver con las manos vacías.

No todos tenían paciencia y aun muchos probaban fortuna por los parajes más próximos, contentos cuando conseguían cazar algún animal extraviado que hallaban al paso.

Una noche del mes de octubre, un soldado que quería buscar una de esas casualidades cinegéticas, abandonaba el campamento á las siete, é internábase por la carretera que conduce de Ostende á Dendermonde.

Era un hombre de elevada estatura, bigotes rudos y grisáceos, y cuyas facciones no carecían de energía.

Componíase su traje de una chaqueta con peto de cuero rojo, calzón corto gris, remendado por algunas partes, botas altas que le llegaban á la rodilla y, finalmente, un sombrero de fieltro de anchas alas, cuya gasa sujetaba una pluma de cuervo erguida orgullosamente hacia el cielo.

Al costado llevaba una larga y sólida espada cuya punta arrastraba por el suelo con ruido de hierro viejo, y en el cinto, una pistola de cañón atrabucado, muy en boga en aquel tiempo.

Tan heteróclito equipo olía á la legua á soldadote; pero sentaba tan perfectamente al que lo lucía, que difícil fuera figurarse á uno sin el otro.

Ese soldado, digámoslo en seguida, no era nada menos que el señor Cocardasse, maestro de esgrima y perito en estocadas secretas.

En aquella época, no ejercía Cocardasse su profesión: razones que más adelante conoceremos, habíanle obligado á ponerse al servicio del rey de Francia, y hacía

tres años que guerreaba por uno y otro lado, alistado voluntario en los ejércitos.

Nuestro hombre seguía, pues, la carretera antes mencionada, dirigiéndose ostensiblemente á un bosquecillo de robles que se distinguía á corta distancia y que casi llegaba hasta la orilla del camino.

Dicha carretera era verdadera vía flamenca. Por cada lado alternaban hasta lo infinito, plantíos de lúpulos y cuadros de cebada, en plena madurez, que despedían amargos olores muy propios para halagar el olfato de todo buen habitante de Flandes.

Pero á Cocardasse, nacido á orillas del Gironda, apenas le agradaban tales perfumes esencialmente locales.

Tapándose las narices y con labios desdeñosos, parecían ofuscarle dichos aromas, y contemplaba despreciativamente aquellas riquezas de la naturaleza.

— ¡Qué majaderos! — acabó por decir. — ¡Cuánto mejor hubieran hecho plantando buenas viñas, y no estas hierbas pestíferas é inútiles!

Y aceleró el paso para que sus sentidos padecieran el menor tiempo posible.

No tardó en llegar á los primeros árboles del bosque.

— ¡Vamos! — dijo á media voz, deteniéndose y sacando la pistola del cinto, — procuremos ser más afortunado que ayer, porque tengo el estómago tan vacío como la cabeza del Señor Soubise, y si también tuviera que ayunar hoy, preferiría ir á cortar algunos pares de orejas á los de Ostende, para guisar un plato á mi gusto.

Introdujo una bala en el cañón de su arma, y continuando adelante, añadió.

— ¡Qué país tan perro! ¡Nunca hay nada qué comer, ni la menor gota qué beber, á no ser agua clara ó esa bebida amarilla y amarga, cuya sola vista me da náuseas!...

¡Ah! ¡Pobre Cocardasse! ¡Tendrás que tomar buenos bocados en Francia, para olvidar estos malos tiempos! ¡Cuántas buenas botellas de Borgoña tendrás que beber para...

No terminó la frase, y quedóse parado, mirando al suelo, á diez pasos ante sí.

Acababa de distinguir en los lindes del robledal una soberbia liebre que, sin cuidarse de su vecindad, roía tranquilamente una mata de hinojo.

— ¡Hola! ¡hola! — exclamó por lo bajo, mientras se le hendía la boca con enorme sonrisa. — Parece que este animalito va á reemplazar ventajosamente las orejas de los burgueses de Ostende...

Aguarda un poco, voy á regalarte una grajea que no tendrás que chupar.

Y acto seguido, apuntando con la pistola al roedor, apretó el gatillo.

Mas en aquel momento, salió del interior del bosque una detonación que precedió apenas un cuarto de segundo á la suya.

— ¡Caramba! un compañero que caza también por ahí! — dijo algo sorprendido. — ¡Pues bien! — prosiguió satisfecho. — Le deseo mi suerte y sobre todo mi puntería, porque me parece que la liebre ha sido bien herida.

En efecto, el animal yacía en el suelo, con la cabeza destrozada, agitándose en los últimos espasmos de la agonía.

Acercóse Cocardasse á recoger el botín.

Ya estaba para agarrarlo, cuando, antes que la suya, cayó otra mano sobre la liebre, al mismo tiempo que decía una voz.

— ¡Eh! ¡amigo! deje ese animal sobre el suelo que no tiene derecho alguno; puesto que soy yo quien lo he matado.

— ¡Vive Dios! — exclamó estupefacto Cocardasse, levantando la cabeza para ver al audaz que osaba disputarle el fruto de su caza.

Ante él hallábase un hombre de encantadora faz, y al que sentaba admirablemente el uniforme de guardias franceses, cuyas mangas ostentaban los brillantes galones de sargento.

Contemplóle un momento Cocardasse, seducido por su buena presencia y su aspecto marcial.

— ¡Qué! ¡Es guapo, á fe mía! — dijo á modo de reflexión.

Luego, dirigiéndose al recién venido, añadió :

— ¿Sostiene usted, ser el matador de este animal?

— Lo sostengo.

— ¡Demonio!

— ¿Qué dice?

— Digo que tiene mucho aplomo el jovencuelo.

— Usted es, señor anciano, el que lo tiene en gran cantidad — replicó el sargento, divertido con los modales de su interlocutor.

— ¡Vaya! me agrada — continuó Cocardasse con aire de mofa. — Haga usted saber á este anciano cómo ha matado la liebre.

— Podría contestarle que á usted no le importa — repuso el joven, á quien no había escapado la ironía de las últimas palabras del soldadote; — sin embargo, tengo á bien hacerle saber, que estaba yo en el bosque, á unos quince pasos de aquí, cuando divisé la liebre y disparé contra ella. Por lo tanto, me pertenece y me la llevo.

Y dicho esto, apoderóse del animal y disponíase á marcharse.

Acordóse entonces Cocardasse del pistoletazo que había precedido al suyo y que hacía muy posible la explicación dada por el guardia francés. Pero también él había disparado contra la liebre y, por lo tanto, tenía asimismo derechos.

Detuvo, pues, al sargento al primer paso.

— ¡Eh! ¡compañero, no tan de prisa!... Si estaba usted aquí cerca, en el bosque, al enviar una pildora al roedor, yo estaba aquí cerca también, en la carretera, al hacerle igual regalo. Ahora bien, nada prueba que usted la haya tocado.

— ¿Y qué prueba hay de que haya sido usted?

— ¿Qué lo prueba? — exclamó el gascón, asombrado de que un soldado francés pudiese dudar de su saber.

— ¿Que quién lo prueba, dice el pequeño?

Esa duda le mortificaba, casi le ofendía.

Pero, después de reflexionar, añadió :

— Voy á demostrarle lo que lo prueba... Ante todo, ¿adónde ha apuntado usted?

— Á la cabeza.

— ¡Yo también!... Según la posición de la liebre, su bala ha debido introducirse por detrás, entre las dos orejas, y la mía, por el lado derecho, junto al ojo; ¿está usted conforme?

— Sí, así tiene que ser.

— ¡Pues comprobémoslo!

Examinaron la cabeza de su víctima; pero estaba tan mutilada, que no se podía saber si eran una ó dos las balas que en semejante estado la dejaron, amén de que ningún proyectil había quedado dentro.

— No se puede ver, — dijo Cocardasse; — esto es una pura papilla. Sólo me falta demostrarle que estoy seguro de no haber errado el tiro.

Y, al instante, cargando la pistola, indicó al joven una bellota que colgaba á unos diez metros de ellos.

— Ya ve usted, que no es grande, y que no está á más distancia de la á que de mí se hallaba la liebre: á pesar de eso, voy á hacerla caer como si estuviera en la punta de mi cañón.

Á esta última palabra, salió la bala y cayó la bellota.

— ¿Es prueba bastante concluyente, muchacho? — preguntó el soldadote triunfante.

El guarda francés, en vez de responder, cargó á su vez el arma; luego, señaló á Cocardasse, encima del lugar que había ocupado la bellota, una hoja separada de las demás, y cuyo pedúnculo era bastante visible.

— Mire — le dijo.

Y sin casi tomar tiempo para apuntar, apretó el gatillo.

Instantáneamente, la hoja, separada de su punto de unión, cayó al suelo dando vueltas.

El viejo soldado no pudo retener una exclamación admirativa ante tamaña puntería.

— ¡Cáspita! — exclamó; — su prueba vale tanto como la mía, muchacho, y no opongo la menor contestación; no hay duda que los dos hemos matado la liebre... Y, en ese caso, ¿á quién pertenece?

— ¡Toma! ¡Á los dos!

— Eso es lo que yo pienso. De todos modos, no podemos cortarla por el medio como haríamos con un trozo de manteca.

— ¿Por qué no?

— ¿Qué pareceríamos, volviendo cada uno al campamento con media liebre?

— Es verdad — observó el joven sonriendo, — eso parecería algo raro, y los compañeros se reirían á costa nuestra.

— Naturalmente, — añadió el veterano, que tenía su idea. — Mire usted, mi razonamiento va á proporcionarle medio de cortar las diferencias.

— Diga usted.

— He aquí: vamos á batirnos; el primero que pinche al contrario, ganará el animal entero. Debo advertirle que soy maestro de esgrima, y, por lo tanto, manejo bastante bien la espada. Pero, según lo que acabo de ver, supongo que usted responderá valientemente, porque cuando uno es tan ducho como usted en el manejo de armas de fuego, lo es también en el de armas blancas.

Si me engaño, buscaremos otra cosa.

— No se engaña usted; y acepto su proposición. Permitame, no obstante, una observación: si nos pinchamos los dos al mismo tiempo, lo que puede suceder fácilmente, ¿cómo nos arreglaremos? Pues estaremos en el mismo caso que ahora.

— ¡Perra de suerte! no pensaba yo en eso — repuso Cocardasse, á quien turbaba tal hipótesis. — ¡Bah! si así ocurre — añadió tras breve pausa, — volveremos á empezar hasta que uno sea tocado antes que el otro. ¿Hace?

— Perfectamente, respondió el joven.

Y, colocando con el pie la liebre entre los dos, añadió.

— ¡Á ver quien se la lleva!

— ¡Vamos á verlo! — exclamó seriamente Cocardasse. — Sobre todo, cuidado con no ensartar; basta una simple sangría saludable, ¿nada más, eh?

— Convenido.

— ¡No tenga miedo! ¡En guardia, muchacho!

Inmediatamente, cruzáronse las espadas.

Cocardasse, como ya lo había dicho sin modestia alguna, era una buena espada, y, si había desafiado al guardia francés, era con la convicción muy meridional de triunfar fácilmente.

— Por muy diestro que sea ese barbilampiño, no tiene como yo cuarenta años de práctica. Voy, pues, á terminar cuanto antes, propinándole una de esas estocadas sutiles que impresionaban á mi ayudante, Amable Passepoil... ¡Ah! ¡traidor!...

Se trata simplemente de hallar ocasión.

Pero á los pocos pases cambiados con su adversario, tuvo que retroceder mucho y reconocer que tenía que contar con el contrario.

En efecto, el sargento tenía gran escuela, denotaba excelente método y un estudio consumado del manejo de la espada.

Tenía sobre todo una agilidad de mano extraordinaria que desconcertaba totalmente al veterano; tanto más, cuanto que, no tratando de atacar y limitándose á defenderse, no podía este último aprovechar su fuerza real en esgrima.

— ¡Pardiez! — exclamó el maestro aparte — nunca hubiera creído tener que trabajar tanto con este jovencuelo. Ya hace diez minutos que me tiene sin aliento, y aun no he podido hallarle una sola vez á descubierto. ¿De dónde sale?

Y, acabando por dominarle la impaciencia, redobló su vigor, desplegando todos los recursos del arte y acudiendo á sus más complicadas argucias.

II

PUÑALADA Y ESTOCADA

Mientras nuestros dos cazadores se batían, tras ellos, en el bosque, ocurría una cosa rara.

Inclinado hasta el suelo y escondiéndose con cuidado, acercábase poco á poco un hombre, al lugar del duelo.

Era un individuo de cara siniestra y que, á juzgar, por la destreza con que se deslizaba sin ruido en medio de toda clase de obstáculos colocados en el camino, debía de estar acostumbrado á lazos y emboscadas.

El sol, que declinaba rápidamente, sólo lanzaba ya rayos oblicuos, y aunque había aún suficiente claridad en la carretera, el robledal, en cambio, empezaba á llenarse de tinieblas.

Aprovechando el hombre esa oscuridad, acercábase cada vez más á los combatientes, demasiado ocupados para percatarse de su presencia.

Hacia un momento que el guardia francés, saliendo

de su reserva, había tomado casi la ofensiva y hacía sudar al gascón.

Su espada revoloteaba por todas partes con prestigiosa rapidez, y el soldado apenas tenía tiempo de parar los golpes.

Y aun varias veces parecióle que el sargento hubiese podido poner su punta en contacto con su epidermis; pero que se abstenía de hacerlo, como si no fuera digna de él la estocada.

Esto hacía rabiarse al veterano, que, á pesar de la elevada opinión que de sí mismo tenía, no podía menos de notar que le perdonaban, y, en consecuencia, estaba obligado á reconocer un maestro en aquel muchacho de barba apenas esbozada.

¡Un verdadero maestro, es cierto!

Nunca vió el veterano tanta elegancia, unida á tal conocimiento de la ciencia de las armas. Ni una falta, ni un movimiento inútil: todo era calculado y ejecutado admirablemente.

¿Quién era, pues, aquel virtuoso de la espada, de quien hasta entonces nunca oyó hablar?

Y sin embargo, en general, los tiradores de aquella talla tienen fama casi universal.

— Ved ahí un muchacho que conviene como compañero — pensaba.

— ¡Vamos, vamos, veterano — dijo el joven — se ve que no quiere usted ser propietario de la liebre!

— ¡Que si quiero!

Y añadió ingenuamente:

— Usted es el que no me da ocasión de serlo.

— ¡Toma! ¡yo me defiando!

— Ya lo voy notando... ¡Y de buena manera! — gimió Cocardasse, que temía perder la propiedad de su caza.

— ¿Cree usted?

— ¡Que si lo creo! ¡Y hasta me gustaría saber quién fué su maestro!

— No es ningún secreto: un tal Amable Passepoil.

— ¡Passepoil! — exclamó Cocardasse. — Entonces, ya no me extraña... ¡Passepoil es terrible!... Un amigo antiguo... mi segundo... como si dijéramos mi brazo izquierdo... Pero, en ese caso, muchacho, le habrá enseñado también una estocada secreta, que conocemos él y yo: la estocada de...

— ¡Nevers! — terminó el sargento — ¡Ya lo creo!... Mírela, esta es...

Y con la rapidez del relámpago, la espada del joven fustigó vigorosamente la de Cocardasse, y fué á colocarse entre las dos cejas de éste, quien no tuvo tiempo para pararla; pero sin hacerle más que un insignificante rasguño.

— ¡Demonio! ¡Caramba! ¡Ira de Dios! — ensartó el soldadote, aturdido por el choque y tambaléandose, — esa es, en efecto... — ¡Es soberbia la estocada!... Le hace á uno ver las estrellas — añadió frotándose los ojos. — ¡Ea! muchacho, para usted es la liebre... la ha ganado en buena lid... Llévésela... y que le aproveche...

Y, con la vista algo nublada aún, tendió la mano hacia adelante, buscando la del sargento.

Pero, no sintiendo ningún apretón en la suya, apresuróse á desterrar los últimos velos de su mirada, y, con gran asombro, vió á su vencedor recostado contra un árbol, pálido como un espectro y á punto de desmayarse.

Corrió á él.

— ¿Qué tiene usted? — le preguntó, sin comprender el súbito malestar de que parecía preso su adversario — ¿le habré herido sin saberlo?

El guardia francés hizo una señal de negación con la cabeza, y trató de llevarse la mano derecha al hombro izquierdo.

Cocardasse, examinando al joven, notó que tenía la túnica rota por la espalda, en una extensión de varios centímetros y que de la abertura manaba sangre en abundancia.

— ¡Cáspita! ¿Qué quiere decir esto? — exclamó — ¡parece una puñalada!...

— Así es... — dijo débilmente el sargento. — Un asesino oculto ahí, en el bosque, mientras nos batíamos...

— ¿Un asesino?...

— Sí... Afortunadamente, su golpe ha dado en falso... Pero, por favor, detenga usted la sangre, si puede... siento que disminuyen mis fuerzas...

— Es verdad; en vez de hablar, tratemos ante todo de tapar este agujero. Espere; yo entiendo algo en la materia; voy á ver en seguida de lo que se trata.

Y haciendo al hombre inclinarse suavemente contra las rodillas, lo sentó al pie de un árbol, le desabrochó el vestido y dejó el hombro al descubierto.

La herida tenía la longitud de un dedo, y estaba situada encima del omoplato.

El veterano desgarró parte de la camisa que llevaba puesta y estancó la sangre que continuaba manando.

Mucho tardó en dominar la hemorragia. En fin, conseguido esto, empezó á examinar atentamente la llaga.

Al cabo de un minuto ordenó al herido :

— Mueva el brazo.

Obedeció el joven.

— Por este lado va bien — prosiguió el improvisado practicante, al ver moverse fácilmente el miembro designado. — Ahora respire fuerte, muy fuerte.

Hízolo así el sargento.

— ¿Le hace daño?

— No.

— ¿No siente un susurro en los pulmones, como si se vaciase una botella?

— No ; nada.

— ¡Entonces, albricias! — dijo alegremente Cocardasse; — no es más que un simple ojal y un poco de sangre perdida. Por ahora, voy á aplicarle algunas hojas frescas en la herida, y luego, esta noche ó mañana, cuando usted quiera, váyase á ver al cirujano de su regimiento y él le recoserá completamente la piel.

Hizo lo que acababa de decir, y no tardó el joven en experimentar gran alivio.

— Gracias, buen hombre — le dijo una vez terminado el vendaje y puesta su túnica, — me siento renacer.

En efecto, los colores le volvían á las mejillas, y los ojos recobraban su viveza.

— ¿Puede usted andar, le preguntó el veterano?

— Ya lo creo; sólo ha sido una debilidad momentánea; pero ya pasó; mire...

Y, bastante de prisa, púsose en pie, sin ayuda alguna.

— Perfectamente — dijo Cocardasse — ya está usted tan gallardo como antes.

— Verdad es; y hasta creo que esa herida me ha venido bien.

— ¡Bah!

— Sí; antes sólo tenía un apetito relativo, mientras que ahora tengo verdadera hambre.

— Pues ya tiene con qué satisfacerla — murmuró el maestro de esgrima, lanzando á la liebre una mirada compungida, pues también él sentía su estómago demasiado vacío.

— En ello pensaba; ese animalito va á proporcionarme excelente cena... ¡Qué festín me voy á dar! — añadió maliciosamente el sargento, que había sorprendido la desesperada mirada del otro.

— No lo dudo — replicó éste, tratando de disimular su despecho. — Vaya, no quiero retrasar más el placer que usted se promete, y le dejo. Pero, antes de irme, ¿no podría usted explicarme algo respecto á la tentativa de que acaba de ser objeto? Parece que lo ha tomado muy filosóficamente.

El rostro del joven se oscureció un momento.

— Eso — repuso — es una historia que no podría

contarse sucintamente, dado que comprende muchos hechos y aventuras que nunca pude entender.

— ¿De veras?

— ¡Ay! sí.

Y tras breve pausa, continuó el sargento:

— Mire, veterano, sin saber quién es usted, tiene una fisonomía que me es simpática. He aquí lo que le propongo. Podemos ir á probar esta liebre á cualquier hostería — porque no supondrá que quiero privarle de la parte que le corresponde, — y en la mesa, le contaré mi vida que, hasta hoy, no ha sido sino un largo misterio. ¿Acepta usted?

— ¡Que si acepto! ¡Ya lo creo! — respondió vivamente Cocardasse, animado por la doble perspectiva de una buena comida y de una historia interesante.

— ¡Adelante, pues!

— ¡Adelante! Voy á llevarle á un sitio donde podremos hablar tranquilamente.

— ¿Dónde?

— No muy lejos de aquí; al volver la carretera. Ahí hay una hostería que conozco, y en donde estaremos como en nuestra casa. Pero, antes, no le ocultaré, compañero, que hoy se hallan mis bolsillos completamente vacíos de numerario y que, por escaso que sea el gasto que hagamos, no tendremos más remedio que pagarlo.

— No están apenas provistos los míos; no obstante, aun contienen un escudo de plata y algunos dineros. ¿Bastará para saldar nuestro escote?

— Sí; y hasta nos permitirá tomar una botella de

vino en vez de ese amargo brebaje que usan en el país.

— ¡Cómo! ¿Hay vino por aquí?

— ¿Le choca, eh?

— Mucho; pues creí que el vino era completamente desconocido en la región. En efecto, en vano he tratado de ver su color desde nuestra llegada á Flandes. ¿Por lo visto, su hostelero es francés?

— Al contrario, flamenco de pura raza.

— Entonces, no me explico...

— Mire lo que ocurre. ¿Conoce usted á Scaëffländer, el burgomaestre de Ostende?

— ¿Un mocetón grueso, más encarnado que la grana, y que cuando anda parece siempre en desacuerdo con la línea recta?

— Ese es su retrato exacto. ¡Un buen vividor! Pues bien, figúrese que su mujer ha tenido el capricho, hace cinco ó seis años, de dejarse raptar por el capitán de un regimiento de la Gascuña que pasaba por allí de regreso á Francia. El burgomaestre, ofendido por esa falta de miramientos á su considerable persona, empezó á perseguir en seguida á los tórtolos que le habían asegurado se refugiaron en París. Pero como no se recorre de un tirón tan largo camino, sin secarle á uno el gaznate, nuestro hombre pensó en seguida en apaciguar su sed, y, para ello, entró en la primera taberna que halló al paso.

Debo decirle que ese desgraciado no había bebido nunca una gota de vino.

En cuanto lo hubo probado, sintió tan agradable efecto que no quiso abandonar el lugar en que tal dicha se

experimentaba, y continuó bebiendo ocho días seguidos.

Tras lo cual, no acordándose ya de su mitad, pues tanto pensaba en ella como en una botella vacía, volvió á emprender el camino de Ostende en compañía de varias pipas de Borgoña, destinadas á sustituir en sus bodegas á los toneles de fero, por el que, desde entonces, experimentó gran repugnancia. Pues, hasta ahora — interrumpió el joven, — no veo la conexión...

— Espere... Desde entonces, y regularmente, Scaëflander manda venir todos los años de Francia una docena de barriles de las mejores cosechas, para su consumo personal.

— ¿Doce barriles para él solo?

— ¡Claro! Me parece que no es muy exagerado.

— ¡Hum! Es cuestión de apreciación.

— Observe que digo barriles y no barricas.

— Sí, sí, comprendo.

— Ahora bien, como los carreteros que conducen el precioso líquido á su destino, suelen detenerse, antes de entrar en la ciudad, en la hostería adonde vamos á ir, el bueno de Picavez aprovecha la ocasión para visitar el carro y sacar de cada pieza diez ó quince botellas:

— ¡Ah! ah! ya caigo... ¡qué bribón!...

— ... Que luego vende muy caro á los pocos aficionados que hay en Ostende.

— En ese caso, nosotros no tenemos fondos bastantes para pagarnos ese regalo.

— No importa; como estoy en autos, deslizaré unas palabras al oído del buen hombre, para conseguir gran rebaja; ¡déjeme hacer, y ya verá!

III

LA HOSTERÍA DE LOS TRES AGUILUCHOS

Hablando, pusiéronse en marcha los dos hombres, y, como ya era de noche, andaban por medio de la carretera, por temor á una nueva emboscada.

El sargento no parecía sufrir de la herida y seguía con buen paso á su compañero cuyas largas piernas tragaban rápidamente el terreno.

Hacia un momento que la atmósfera, sostenida limpia hasta entonces, se cargaba de vapores y presentaba una opacidad de mal agüero.

Por otra parte, el día fué relativamente caliente, y todo anunciaba la proximidad de una de esas violentas tormentas de otoño, tanto más temibles cuanto menos previstas.

— ¡Eh! muchacho — dijo Cocardasse al observar tales síntomas; — démonos prisa si queremos evitar el mojarnos, pues el cielo tiene mal cariz.